

Un Paraíso Infantil

Pastor Oscar Arocha

13 de Septiembre, 2009

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Mateo 18: 3

Cuando se predica el Evangelio no presupone que haya fe en los hombres, pues es dirigido a personas incrédulas, no obstante, esta suposición, el Evangelio conduce a los hombres a ser creyentes. El hombre en su estado natural no tiene traza de Gracia salvífica, es un ser sin Gracia divina; aun así la Gracia encuentra ciertas ventajas en el ser humano que son apropiadas para que sea recibida, de no ser así, los animales serían apropiados al Evangelio como los hombres, pero en estos últimos hay condiciones naturales que permiten la cabeza de playa. La doctrina de la fe supone estar dirigida a seres racionales que pueden discernir lo que escuchan, y además asume que tienen suficiente amor a ellos mismos para buscar la felicidad eterna y ser librados de la condenación perpetua en el infierno. Es, pues, nuestro presente propósito enseñar dónde está la verdadera felicidad y donde no, o como salvarse de la ira vendiera, pues aunque ahora hay no pocas calamidades, hay una de índole eterno; o que al final usted reciba la senda que al bienestar conduce. Oramos, pues, que el Señor por medio de la predicación le hable de tal modo que usted escoja lo mejor, tu salvación.

El sermón será así: **Uno**, La ocasión de estas palabras. **Dos**, En qué consiste la conversión.

I. LA OCASIÓN DE LAS PALABRAS DE JESÚS

La situación. La ocasión de estas palabras de Cristo fue para salirle al frente a los pensamientos carnales de los discípulos en relación a la naturaleza de su reino, ellos suponían ser un reino de pompa y gloria terrenal, semejante a las grandes monarquías en este mundo, y dentro de este marco de pensamiento aspiraban a los mejores cargos dentro del reino. Nótese: “En aquel tiempo los discípulos se acercaron a Jesús diciendo: ¿Quién es el más importante en el reino de los cielos?” (v1); fueron influenciados por la mente religiosa de los fariseos quienes ciegos a las realidades espirituales. Cristo entendió que el momento no era adecuado profundizar sobre las propiedades de Su Reino, y lo dejó a que más tarde el Espíritu Santo iluminara sus corazones. No obstante, censuró su incredulidad. Les dijo de las condiciones para entrar al reino.

Así que, el contexto indica un diálogo con los discípulos. Quizás se trataba de un pecado particular sobre el cual necesitaban conversión, y sobre eso se habla: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (v3). Como si les hubiese dicho: Ustedes se esfuerzan por poseer grandeza terrenal en mi reino, pero Yo les digo que mi Reino es un reino de niños, y que allí sólo entran los humildes, o aquellos que son pequeños a sus propios ojos. Si el pertenecer a cierta clase social, intelectual, o de lugar te hace sentir grande, entonces te digo que tal sentimiento es mundano, y a menos que lo mortifiques no puedes entrar al Cielo. La idea es que si a ti parece que siendo evangélico te sería más fácil ascender en la sociedad, entonces te digo que andas mal. Necesitas convertirte.

El propósito. La Biblia enseña que ambos casos son posibles, el arrepentimiento o conversión para el impío y conversión particular sobre ciertas áreas de pecado en el Creyente, y si así fuese es obvio que necesitan más claridad. Por un lado, téngase en cuenta que allí estaba Judas, un inconverso. Por otro lado, los apóstoles ignorantes de muchas verdades necesarias para la salvación; como la muerte de Cristo, Su resurrección, ascensión y las propiedades del reino. No significa que no fueran

salvos, ya que no eran verdades fundamentales para la salvación como ahora. No obstante, Cristo pudo haber dicho que eran verdades que debían ser buscadas para ser creídas, y sin ellas nadie podría ser llamado discípulo. No sabemos si ese fue el propósito. Otros piensan que el pasaje se refiere a una conversión particular, o que debían arrepentirse del pecado de ambición: “En aquel tiempo los discípulos vinieron a Jesús, diciendo: ¿Quién es el mayor en el reino de los cielos?” (v1). Lo que sí es patente en el pasaje que Cristo los reprende por su pecado: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos.” (v3). La humildad de mente, o conversión es imprescindible para ser salvos. Esto sería muestra al hombre convertido para que preserve la humildad de corazón que posee.

Supóngase un cristiano quien permite que la codicia por las cosas terrenales comience a crecer en su vida; es propio decirle que si no es humilde de mente no podrá entrar en el reino de Dios. Y esto puede ser dicho a cualquier converso, sin negarle lo que es. Tal es el propósito de este estudio: Que sin la conversión de un pecado particular no hay entrada al reino de Dios, mucho menos sin la conversión de su estado de pecado. El texto, pues, puede ser parafraseado así: "Ustedes se esfuerzan por tener un alto grado de avance y grandeza en las cosas de este mundo, pero yo les digo que mi reino es un reino de niños y nadie puede pertenecer a él que no sea humilde a sus propios ojos". De modo que, si te consideras grande, y no te conviertes de ese estado mental, no podrás entrar al reino de los cielos. Esto es, que: "Cristo aquí proclama, que a menos que un hombre se convierta, no podrá entrar en el reino de los cielos". Se llama el reino de los cielos porque del Cielo viene el rey, además porque es invisible, no se ve, como tampoco se ven los cielos. Este reino tiene dos estados; de Gracia aquí en la tierra y de la gloria es el estado celestial. Como las aves, que primero son huevo, y después el animal.

II. EN QUÉ CONSISTE LA CONVERSIÓN DE LOS PECADORES

Conocimiento. Leamos el verso: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (v3). Los niños creen tal como han sido enseñados, y así el hombre ha de renunciar a su propia sabiduría, y se somete a ser enseñado sólo por Dios y Su Palabra. La Biblia y la experiencia enseña que hay tres tipos de conocimientos: De los sentidos, de la razón, y de la fe.

El de los sentidos es animal; el de la razón es humano, y el de la fe celestial. El texto bajo consideración habla de la conversión y venir a ser como niños como condición para entrar en el reino de Cristo; o se infiere, que así como es imposible que un hombre se haga niño por sí mismo, también convertirse a Dios. Lo natural es que se hacen más incrédulos mientras tienen más años; los mayores son lentos para obedecer, les es más difícil volver a ser niños, están más lejos de la temprana edad. El aprendizaje es claro ejemplo. En las Escrituras la palabra conversión unas veces indica una obra hecha por el hombre, y en otras que el hombre es pasivo. Aquí dice: "Si no os volvéis como niños" (v3). Humanamente activa. Pero es obra de Dios: “Corrigiendo con mansedumbre a los que se oponen, por si quizás Dios les conceda que se arrepientan para comprender la verdad” (2Tim.2:25).

Pregunta: ¿En qué consiste la conversión? Tiene dos partes: Un cambio de mente, y uno de corazón o vida.

Cambio de Mente

Este cambio de mente es que el individuo es mudado de la ignorancia, la indolencia, la incredulidad y error espiritual a la luz verdadera. Cada inconverso ignora las verdades del Evangelio que lo pueden salvar, o que su idea es superficial, no lo sabe como lo debe saber, su comprensión es insuficiente. No saben que por nacimiento son hijos del diablo y no saben el sentir que tiene Dios tiene contra ellos, y que en cualquier momento pueden ser enviados al infierno: “Dios está airado contra el impío todos los días” (Sal.7:11); pero que mediante la fe en Cristo pueden ser salvados. Les sucede como quien oye el sonido de una trompeta, reciben el sonido, pero no distinguen la nota y mucho menos el contenido del mensaje, si los manda a prepararse para la batalla o los llama a descansar. Lo primero en la obra de conversión es abrirles los ojos del alma para que entiendan estos misterios espirituales. Dos textos definen la conversión: “El hombre natural no acepta las cosas que

son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede comprender, porque se han de discernir espiritualmente... Si nuestro Evangelio está encubierto, entre los que se pierden está encubierto” (1Co.2:14; 2Co.4:3) y el remedio es expresado así: “Abrir sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y del poder de Satanás a Dios, para que reciban perdón de pecados y una herencia entre los santificados por la fe en mí” (Hech.26:18). Lo que saben del Evangelio es especulativo, no real.

¿Quién podrá apartarse del pecado a menos que vea el peligro que hay en el pecado?, ¿o amar a Dios si antes no ve la hermosura del Señor? Así que, lo primero es llevarlos de la ignorancia a la luz. Oían del pecado, de Cristo, del perdón, del infierno, de la gloria, etc., pero nunca lo han considerado con seriedad, hablarles del cristianismo y cualquier otra cosa es lo mismo. Y así como no distinguen entre un chino y un japonés, tampoco la verdad de la mentira; todas las religiones les son buenas, de ahí las palabras del Señor Jesús: “De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos” (v3). Lo primero es cambiarles sus mentes, o sacarlos de la ignorancia.

Cambio de Corazón

Entiéndase el corazón lo que mueve, acciona y manda la voluntad del individuo, es uno mismo. Y en este sentido es llevarlo a gustar lo que antes aborrecía y aborrecer lo que antes disfrutaba, el pecado. Tal es el cambio que se obra sobre el corazón, un cambio de actitud; una nueva inclinación del alma comienza a manifestarse, la cual va acompañada de complacencia en Cristo. El convertido se inclina a lo piadoso y se complace en que sea así: “El hacer tu voluntad, oh Dios mío, me ha agradado” (Sal.40:8). Antes de la conversión su amistad era con las cosas del mundo, pero después de convertido es con las celestiales; por ejemplo hacer el bien no es propio del mundo, pues si así fuera la maldad estaría derrotada, en cambio la maldad reina. El enfermo pierde el apetito y el sabor por los alimentos que le sostienen la vida del cuerpo; el alma enferma, es decir el incrédulo, no tiene apetito ni deseo de las cosas de Dios. Los incrédulos se sorprenden que los creyentes se deleiten en leer, oír y orar a Dios, para ellos esas cosas serían muy duras de hacer, nunca les da deseos y por esta se les llama enemigos de Dios: “En otro tiempo estabais apartados y erais enemigos por tener la mente ocupada en las malas obras” (Col.1:21).

Nuevo gusto. Ese cuadro del incrédulo les sirve de provecho cuando se conviertan al Señor, pues no les será difícil notar el cambio de corazón que se operó por medio de la conversión, de manera que cualquiera puede darse cuenta por sí mismo si se ha convertido, por eso la exhortación que Pablo hace a los corintios: “Examinaos a vosotros mismos para ver si estáis firmes en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no conocéis en cuanto a vosotros mismos?” (2Co.13:5). La raíz que diferencia al convertido del inconverso es que en el incrédulo su corazón no es hacia Dios, sino hacia otras cosas como lo describe el apóstol: “Porque los que viven conforme a la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que viven conforme al Espíritu, en las cosas del Espíritu” (Ro.8:5-9), el Espíritu Santo establece con claridad esa diferencia, hacia donde estén tus pensamientos, hacia allá estará tu corazón; nótese que el Espíritu aquí dice que la diferencia entre un incrédulo y un Creyente lo puede saber él mismo por lo que piensa; en el impío no hay Dios en sus pensamientos, sus aficciones nunca se inclinan al Señor. Las pocas veces que piensa en Dios, lo hace en términos de su propio egoísmo carnal.

Los pecadores tienen una estima muy baja de las cosas de Dios, por eso dice la sentencia bíblica acerca del mundo: “Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él” (1Jn.2:15). Se sabe que hay muchos impíos que no son tan tontos y dirán con su lengua que Dios es mejor que las criaturas y que el cielo preferible a la tierra, y el Paraíso mucho mejor que el infierno; pero lo que cuenta no es lo que dicen, sino hacia donde se inclina el corazón. Nadie duda que Dios sea el mayor bien, pero ellos no lo creen. Todas las obras del hombre tienen una fuerza o móvil que los impulsa, la intención o propósito, los designios de su mente, y es allí el otro lugar donde se operan los cambios que producen la conversión.

Designios. Los incrédulos tienen metas o propósitos en esta vida y para conseguirlos utilizan el método que tengan a mano. En cambio el Creyente tiene buenos propósitos y no utiliza cualquier método, sino los prescritos por Cristo en Su palabra, o medios correctos para alcanzarlos, corre legítimamente. Las aspiraciones, fines o metas son aquellas cosas por las cuales el hombre piensa que si las posee sería feliz, pero si las pierde sería un ser miserable como si le faltara todo. Cada ser humano tiene sus propias aspiraciones, en aquellos que han conocido la conversión, por definición esas aspiraciones son cambiadas, las de un niño son diferentes a las de la misma persona ya siendo hombre. El inconverso es imposible que vea en Dios o en Cristo la felicidad de su vida. Ellos no pueden ver a Dios, ni mucho menos disfrutarlo. Jamás podrán decir así: “¿A quién tengo yo en los cielos? Aparte de ti nada deseo en la tierra” (Sal.73:25).

La cueva. Se hace necesario aquí citar las palabras del Señor sobre ciertos hombres que no son conversos y dicen amar a Dios, y a los cuales Cristo en amor a sus almas les advirtió así: "Habéis hecho una cueva de ladrones la casa de Dios" (Mat.21:13). Una cueva de ladrones era el lugar donde se refugiaban para descansar y reponer nuevas fuerzas, pues algunos se pasan la semana profanando el buen nombre cristiano y el Domingo van a la Iglesia a tranquilizar sus conciencias, la Iglesia le es lo que la cueva a los ladrones, sienten que están cumpliendo con Dios, descansan el peso de su conciencia, y el lunes a la mundanalidad.

Hoy vemos: Uno, La ocasión de estas palabras del Señor Jesús. Dos, En qué consiste la conversión del hombre. Así que, una persona puede juzgarse a sí mismo si es convertido o no. El hipócrita se cree ser lo que en realidad no es, esperamos que estas palabras les ayuden a clamar a Cristo que le conceda el arrepentimiento.

APLICACIÓN

1. Amigo: De exhortación. No te dirijo la palabra de mi propia mente, ni en mi propio nombre ni en mi propio interés, sino en el nombre de Jesucristo y en el asunto de tu propia salvación. Sabemos que todos los aquí presentes en no muchos días estarán en el otro mundo y todos los incrédulos serán presentados al tribunal del juicio final y terror les sobrecogerá y espanto les sobrevendrá de sorpresa, y como estamos persuadidos de eso sería una crueldad no darte la debida advertencia, ese y no otro es el motivo por el cual te hablamos. De nada chistoso o bromas se te ha hablado, sino que todo ha sido para cuestionar a quién ama tu corazón. Oh amigo, escapa por tu vida no mirando lo que queda atrás y procede al arrepentimiento, sólo la misericordia de Dios te mantiene vivo, no te burles de su paciencia: “Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado” (Mat.3:2).

2. Si tú deseas ser un convertido, se te recomienda esto:

a) No desprecies los medios que Dios ha establecido para hacer la obra de conversión. Cuando Dios va a dar Gracia a un hombre lo hace utilizando los medios de Gracia. Un medio oír la Palabra predicada: “La fe es por el oír, y el oír por la palabra de Cristo” (Ro.10:17). Te invito a meditar sobre este texto: “Inclinad vuestros oídos y venid a mí; escuchad, y vivirá vuestra alma. Yo haré con vosotros un pacto eterno” (Isa.55:3).

b) Evita la mala compañía de los que aborrecen a tu Creador y busca la compañía de los que pueden ayudarte en materia de salvación. En la medida de lo posible, debes separarte de los incrédulos y seguir este consejo: “Plata escogida es la lengua del justo, pero el corazón de los impíos no vale nada” (Pro.10:20).

Amigo, se trata de volverte un niño. Requiere volver de nuevo a la escuela, la escuela de Cristo, atiende a los sermones, es volver a ser enseñado en las cosas de la vida, tu método no funciona, no puedes resolver el problema de la muerte, sólo Cristo es capaz, confía, pues en El.

AMÉN